

EL ORIGEN DE NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS

El ladrido alegre del perro, el maullar dulce de los gatos y el profundo mugido de las vacas nos han acompañado desde tiempos inmemoriales. Se sabe que durante el paleolítico otros animales, que hoy consideramos salvajes, convivían también con los seres humanos. ¿Qué animales podemos considerar como domésticos? ¿Cuál es su verdadero origen? ¿Qué misterioso parentesco nos une a ellos y qué nos impulsa a buscar su compañía? ¿Cómo se explica el efecto terapéutico que ciertos animales tienen sobre muchas personas? A través de estas preguntas os invitamos a emprender un sugestivo viaje de descubrimientos que puede llevarnos muy lejos.

¿Domésticos o salvajes?

Pájaros tan simpáticos como la cigüeña, el cisne, el búho o el gorrión parecen buscar siempre la vecindad del hombre. Pero, ¿podemos llamar domésticos a estos animales? Fijémonos en lo que sucede con el oso. Su reciente reimplantación en los Pirineos ha demostrado que, por lo general busca pacíficamente la cercanía de las viviendas humanas, rodeando en círculos los pueblos de alta montaña. Pero, a veces, se comporta como un animal feroz y ataca al ganado. Comportamiento parecido tiene el zorro. Supongo que en modo alguno acordaréis dar el nombre de domésticos a estos animales. Incluso los perros y los gatos, que nos son tan familiares que viven en nuestra misma casa, conservan unas características de independencia que, muchas veces, les permiten vivir sin nosotros. ¿Está justificado entonces, llamarles domésticos? Puede que tampoco. ¿Dónde está pues la frontera entre animales domésticos y animales salvajes?

Nos acercamos a una definición más precisa si vemos que un animal doméstico necesita, no sólo la vecindad del hombre, sino su ayuda para sobrevivir. Tenemos que construir establos y edificios adecuados para dar abrigo a nuestro ganado, a nuestros cerdos o a nuestras gallinas. También debemos cultivar pastos y fabricar piensos para darles de comer. Igual que los niños necesitan que los adultos les cuiden y les eduquen, también los animales domésticos necesitan nuestros cuidados.

Los animales verdaderamente domésticos dependen del hombre por una razón especial: no están tan sumergidos en las leyes y en los ritmos naturales como el resto de animales. La vaca, la gallina, el cerdo, el caballo, la cabra, la oveja, el camello, todos viven un tanto alejados de la Naturaleza. De otro modo no podrían las gallinas poner huevos todo el año, ni las vacas producir leche todos los días, ni las cerdas engendrar crías en cualquier estación. En cambio, los animales salvajes se caracterizan por tener períodos de celo fijos y por criar sólo en determinadas épocas.

Por los relatos y las leyendas transmitidos oralmente hasta las primeras culturas neolíticas de oriente y recogidos en los Vedas, libros sagrados de la India, sabemos que antaño, hace más de nueve o diez mil años, el ser humano estaba mucho más sujeto a las leyes de la naturaleza y a las leyes cósmicas del curso del sol, de la luna y de las estrellas. Esto se traducía, entre otras cosas, en que el ciclo menstrual de la mujer era coincidente con el de la luna y en que los niños sólo podían ser concebidos en primavera y nacer en invierno. Hoy el hombre ha conseguido emanciparse de gran parte de estos ritmos naturales y los animales domésticos le han seguido en ese camino.

Marcando diferencias

Si comparamos un animal doméstico con su variedad salvaje veremos que por lo general son de distinto tamaño. Así, los caballos salvajes que encontramos todavía en Mongolia son más pequeños que los domésticos; lo mismo sucede con las gallinas. Pero en cambio los jabalíes son más grandes que los cerdos domésticos. Existe casi siempre una variación de tamaño, pero no hay regla fija; parece depender de las necesidades de adaptación del animal salvaje al medio natural.

Si nos fijamos en la forma de la cabeza, encontramos que los animales domésticos y aquellos que viven cerca del hombre tienden a tener el cráneo más redondeado. El hocico no es tan puntiagudo y la frente aparece más prominente. Y estos rasgos no se dan solamente en los perros, sino en las vacas, las ovejas, los caballos. ¿Qué significa esto? Nada menos que sus cabezas se han humanizado. No diremos que el bulldog sea el perro más humano, pero sí que su rostro es el más semejante al humano, en el sentido de que tiene la nariz retraída y la frente adelantada.

Es una maravilla contemplar el rico colorido que los animales salvajes lucen en el pelo y el plumaje: rojo, blanco, amarillo, verde, azul. En cambio, los animales domésticos tienden al blanco y al negro, a los tonos marrones y grises o a desarrollar manchas blancas y negras en el pelaje.

El bebé de la Naturaleza

Está bastante generalizada la creencia de que los animales domésticos fueron antaño especies salvajes y que hoy, habiendo perdido la fuerza y la virilidad propia de éstas, se han vuelto tan suaves y civilizados, que quizás pronto deberán llevar pantalones para protegerse del frío. ¿Pero, ha sido ése el camino recorrido por los animales domésticos?. Cuando las consideramos apropiadamente, todas las características diferenciales de los animales domésticos que hemos mencionado significan una sola cosa: que han permanecido más cósmicos, más generales, más indiferenciados, más como en el origen, más embrionarios. No se han especializado en la dirección de ciertas fuerzas naturales (alas expertas para volar, garras afiladas para cazar o extremidades adaptadas para construir nidos) como lo han hecho sus hermanos salvajes.

Esta tendencia a permanecer físicamente más generalizado, más suave e insignificante- un color menos brillante, un rostro más achatado, una cabeza grandota, unos miembros más simples – es propio de los animales domésticos y en esto han seguido los pasos del mismo ser humano. Efectivamente, debido a sus especiales necesidades de evolución, el cuerpo humano es el más generalizado y el menos especializado que existe. Por ejemplo, no hay extremidad más primitiva y menos preparada para una tarea especializada que la mano, aunque el hombre, gracias a su imaginación creativa, puede hacerla trabajar de mil formas distintas. Lo mismo sucede con la cabeza y los miembros. Es en este sentido que el ser humano ha sido llamado “el bebé de la Naturaleza” y los animales domésticos se le parecen en esto.

El Zodíaco, círculo de los animales

Todas las culturas de la antigüedad, como la china, la hindú, la mesopotámica o la egipcia, han sabido que las doce constelaciones que nos rodean y que llamamos el Zodíaco, canalizan poderes formativos que emanan de seres espirituales. Además, sus mitos de la creación coinciden en poner al hombre como centro u objetivo de las fuerzas creadoras. Se puede comprobar que este principio antropocéntrico es perfectamente compatible con una teoría científica de la evolución que sea global y que tenga en cuenta todos los descubrimientos modernos (véase "Nuestros hermanos, los animales").

Dirigid vuestra mirada en una noche clara de verano hacia las estrellas del sur. Podréis contemplar el enigmático juego que dibuja el arco de Sagitario apuntando su flecha hacia el corazón de Escorpio. Las constelaciones que veréis desfilas de este a oeste sobre el horizonte : Cáncer, Libra, Escorpio, Sagitario, Acuario, Piscis, Aries..... forman el círculo cósmico del Zodíaco. Es impresionante pensar, como lo hicieron los hombres de las culturas antiguas, que de ahí emanó inicialmente el ser humano, y que de ahí se desprendieron también los animales. Paso a paso, desde una existencia espiritual o de pura fuerza extendida en el cosmos, el hombre habría ido descendiendo hacia la materia terrestre, condensando su cuerpo (la Kábala judía denomina a este ser humano cósmico *Adam Kadmon*). Hoy, tras una larguísima evolución, somos un ser diminuto, multiplicado en la Tierra por cinco mil quinientos millones y la síntesis armoniosa de esas fuerzas creativas cósmicas.

Si, haciendo un esfuerzo de imaginación, fuéramos capaces de contemplar bajo esta premisa los millones de años de la evolución terrestre, habríamos de considerar a los tres reinos de la Naturaleza como un remanente que se dejó atrás, como un residuo del devenir humano. Al principio no había diferencia entre el hombre y el animal pero, paso a paso, el hombre cósmico original tuvo que condensar su existencia. Tuvo que moverse desde la periferia celeste hacia el centro terrestre y dejar atrás partes de sí mismo - formas, emanaciones, poderes anímicos y mentales, emociones e instintos que comenzaron a arrastrarse, a nadar, a correr y a volar – que empezaron a vivir sin él y que gradualmente se le hicieron extraños. Se convirtieron en seres externos al hombre, naciendo así el reino animal.

En las primeras etapas de la evolución, todos los animales estaban cerca de las formas primigenias humanas, pero en su camino de condensación y de individuación, el ser humano se fue alejando paulatinamente de ellos. Durante la era cuaternaria, algunos animales como el reno, el cerdo, el perro, el gato, la vaca, el caballo, el asno, la cabra y la oveja habían logrado mantenerse cerca de nosotros; otros como las abejas, los gorriones, las cigüeñas, etc., se habían quedado algo más alejados. Finalmente, otros animales como el lobo, el oso, el león, el búfalo, la serpiente, el águila, etc. no habían podido seguir al amparo de los poderes cósmicos de juventud que rodeaban al hombre y se volvieron salvajes, es decir, se adaptaron completamente a los ritmos y a las fuerzas de la Naturaleza (ver fig. 1). Pero, para comprender la situación actual deberíamos preguntar: ¿ cuándo, en qué época, se puede empezar a hablar de animales domésticos y de qué región del planeta provienen?

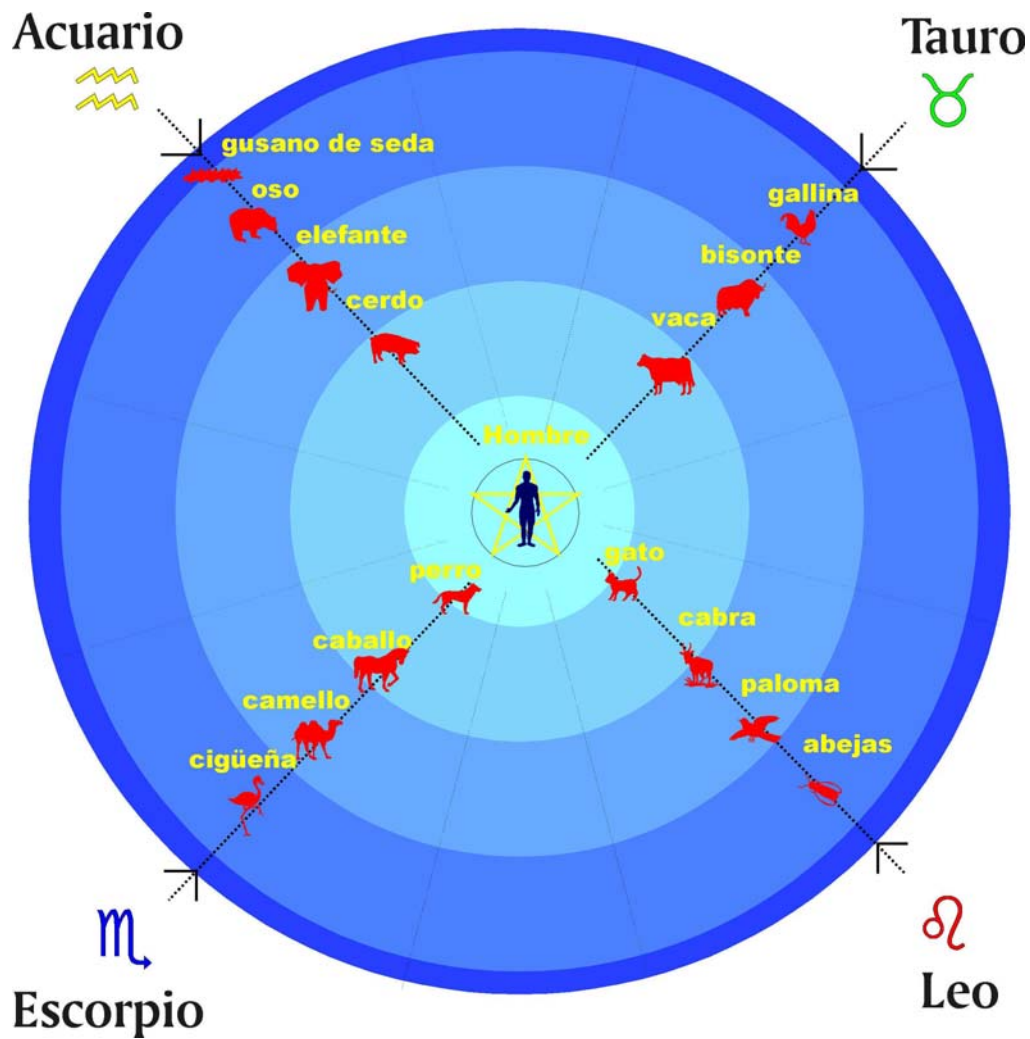


Fig. 1.- Las cuatro fuerzas cósmicas principales del Zodíaco agrupan a los animales por afinidades. Aparte del perro y el gato que se sitúan muy cerca del hombre, tenemos al caballo, el cerdo, la vaca y la cabra (o la oveja) como los principales representantes domésticos de cada uno de esos cuatro grupos.

Los amigos del Arca

Hoy tenemos muchos indicios, no sólo por las leyendas de la antigüedad y los relatos de Platón, sino por los datos que nos suministra la paleogeografía, de que hace unos 13.000 años una gran catástrofe geológica se unió a los efectos del deshielo de la última glaciación, provocando el hundimiento del continente llamado Atlántida. Con ello se dio fin al foco de civilización más importante del paleolítico, creado miles de años antes por hombres muy distintos a nosotros. Los toltecas de la América Central, los hindúes y prácticamente todos los grupos humanos de la antigüedad nos aportan testimonios de la gran importancia de este acontecimiento para la humanidad.

La emigración que siguió a esta catástrofe se dirigió, en pleno deshielo, principalmente hacia el este, en dos grandes corrientes. Una fue a través del norte

de Europa, vía Irlanda, Escandinavia y Rusia, hasta el extremo oriente; la otra , por el sur de Europa, vía España, Italia, Norte de Africa y Arabia, llegó al Asia central.

En la leyenda bíblica del Arca se esconde una historia verdadera. Uno de los grandes guías atlantes habría sido Noé, que es llamado Manu en el poema hindú del Mahabharata y Udpanishdim en la leyenda sumeria de Gilgamesh. Junto con su gente, escogió a un grupo selecto de animales, o quizás podríamos decir que ciertos animales escogieron seguir a Noé y a sus compañeros, en su viaje hacia el este a través de los mares. Etapa tras etapa de esta larga emigración, algunos animales se fueron quedando atrás y se volvieron salvajes. Otros, los que hoy llamamos domésticos, siguieron los caminos del hombre hasta su destino final: las regiones que rodean el mar Caspio y , más al norte, el territorio cercano al desierto de Gobi.

Un largo viaje de ida y vuelta

Podemos imaginar a estos hombres de raza aria, antiguos oriundos de la Atlántida, asentados en ciertos lugares sagrados del Asia Central y rodeándose de renos, yacks, perros, caballos, vacas, cerdos, ovejas y otros animales domésticos. Los adiestraban y los protegían de una manera especial puesto que eran vitales para ellos, no sólo para su sustento, sino porque estaban destinados a jugar un importante papel en la fundación de las civilizaciones post-atlantes : la India, Persia, Mesopotamia, Egipto y finalmente Grecia y Roma. Es curioso observar que todas estas civilizaciones aparecen tras una invasión proveniente del centro de Asia y van marcando como una especie de retorno escalonado de los primitivos arios hacia el oeste.

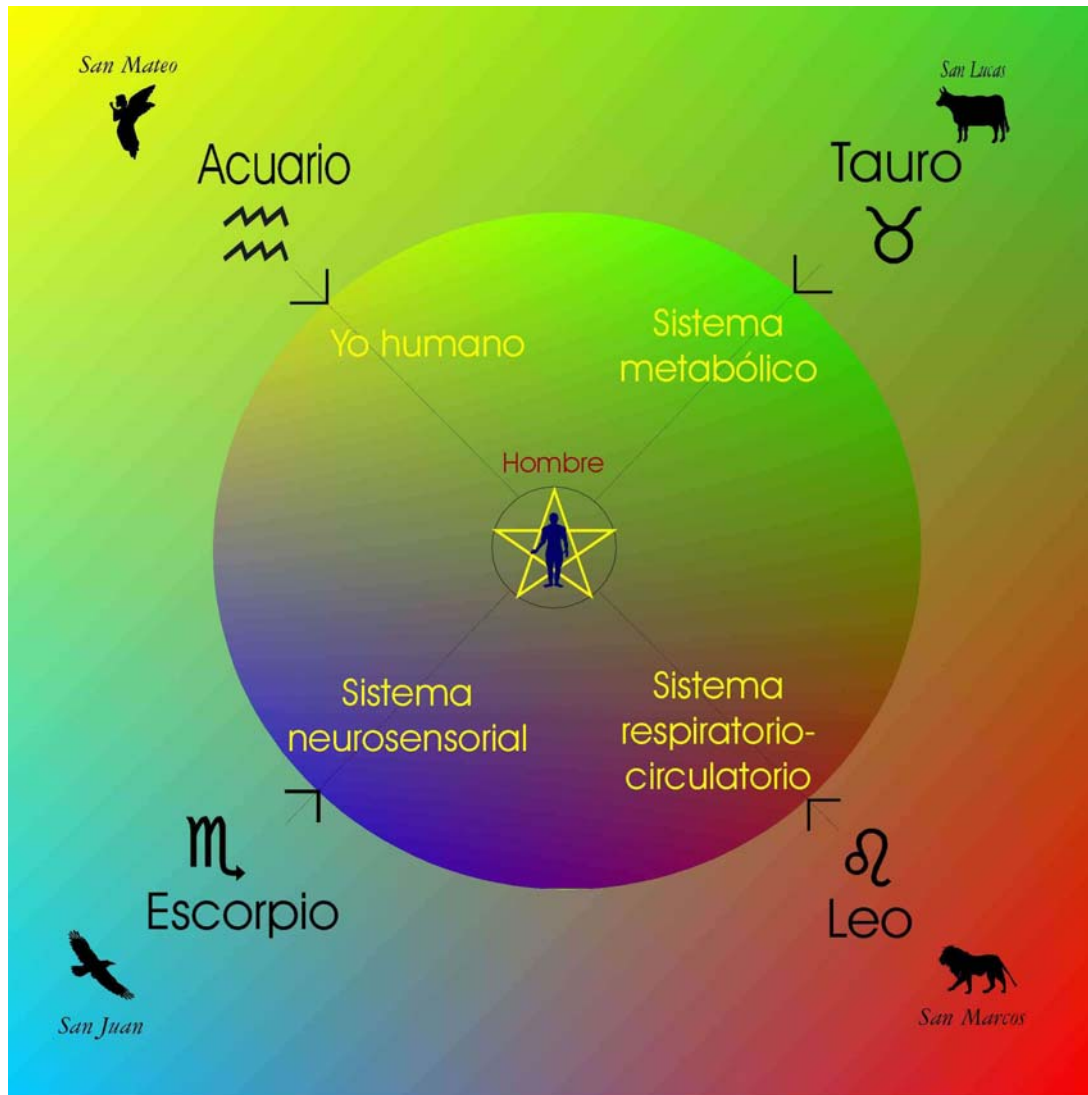
Las excavaciones arqueológicas de los asentamientos neolíticos y de la edad del bronce de esas civilizaciones siempre ponen al descubierto restos de animales domésticos de distintas especies y razas. ¿Por qué? Por que acompañaron siempre a sus dueños, primero en la gran emigración hacia el este y más tarde en las invasiones civilizadoras hacia el oeste.

En toda el área geográfica que cubrieron las corrientes migratorias de los arios hacia Europa encontramos centenares de monumentos megalíticos. Su misterio comienza a desvelarse si los ponemos en relación con la domesticación de los animales, dada la vital importancia que tenía el ganado para los hombres del neolítico. El conocimiento que los antiguos parecían tener de las fuerzas cósmicas del Zodíaco nos induce a pensar que estos centros sagrados fueron erigidos en lugares especialmente sensibles de la tierra precisamente para concentrar esas fuerzas sobre el hombre y sobre sus animales domésticos. Se podría decir que de esos centros sagrados captaban e irradiaban las fuerzas de la eterna juventud.

Rodeados por la Esfinge

Por los documentos que los babilonios y egipcios nos han dejado se deduce que los antiguos captaban cuatro potencias creativas principales y las asignaban a rincones opuestos del espacio cósmico: *Acuario, Escorpio, Tauro y Leo*. Serían las fuerzas formativas cósmicas que intervienen en los sistemas orgánicos del hombre. Así Escorpio o el Aguila, signo zodiacal de agua, crea la organización cefálica o sistema neurosensorial. Leo, signo zodiacal de fuego, nuestro sistema respiratorio y circulatorio, los pulmones y el corazón, todo lo que es rítmico en nosotros. Tauro, signo zodiacal de tierra, el sistema digestivo, los poderes metabólicos que

transforman las sustancias en el cuerpo. Finalmente, a Acuario, signo zodiacal de aire, se le asigna la influencia sobre todo lo que podemos llamar propiamente humano, armonizando en una unidad las influencias de Escorpio, Leo y Tauro (ver figura 2).



Se consideran cuatro potencias creativas principales que provienen de rincones opuestos del espacio cósmico: Acuario, Escorpio, Leo y Tauro. Son las fuerzas creativas cósmicas que intervienen en los sistemas orgánicos del ser humano.

Fig.2

La esfinge era un ser fabuloso compuesto de partes de ser humano y de cuatro animales. La esfinge de Tebas, en el bajo Egipto, tenía cabeza y pechos de mujer, cuerpo de toro, garras de león, cola de dragón y alas de águila. La Gran Esfinge de Gizeh sintetiza, para la tradición esotérica, toda la sabiduría del pasado. Contempla el sol naciente y parece situada entre el cielo y la tierra. Parte del misterio de las

esfinges se desvela si comprendemos que son símbolos que reúnen a las cuatro grandes potencias cósmicas, tan influyentes en el hombre.

El buen cerdo, el inteligente caballo, el dulce cordero y la vaca venerada son animales muy cercanos a nosotros. Como vemos en la ilustración, cada uno es el representante de un grupo de animales cósmicamente afines entre sí. Hoy día, estas serían las especies que resumen muy cerca de nosotros la acción de las grandes potencias zodiacales: el cerdo, los poderes de Acuario, el caballo, los de Escorpio, el cordero los de Leo y la vaca, los de Tauro. La Esfinge y el conocimiento que encerraba, prácticamente han desaparecido, pero encontramos sus últimos vestigios vivos en el cerdo, el caballo, el cordero y la vaca. Creámoslo o no, en una granja que contenga esos animales nos encontramos todavía rodeados por la Esfinge.



Esfinge de Gizeh en Tebas (Egipto)

La agricultura biodinámica, que se destaca por dar gran importancia a las fuerzas cósmicas y por utilizar los ritmos de la Naturaleza, aspira a organizar cada granja de modo que sea como un organismo vivo, es decir, global y autónomo. Por eso una granja biodinámica bien equilibrada debe incluir al menos un animal de cada uno de los cuatro grupos. Por ejemplo, una vaca, un caballo, cabras o corderos y cerdos.

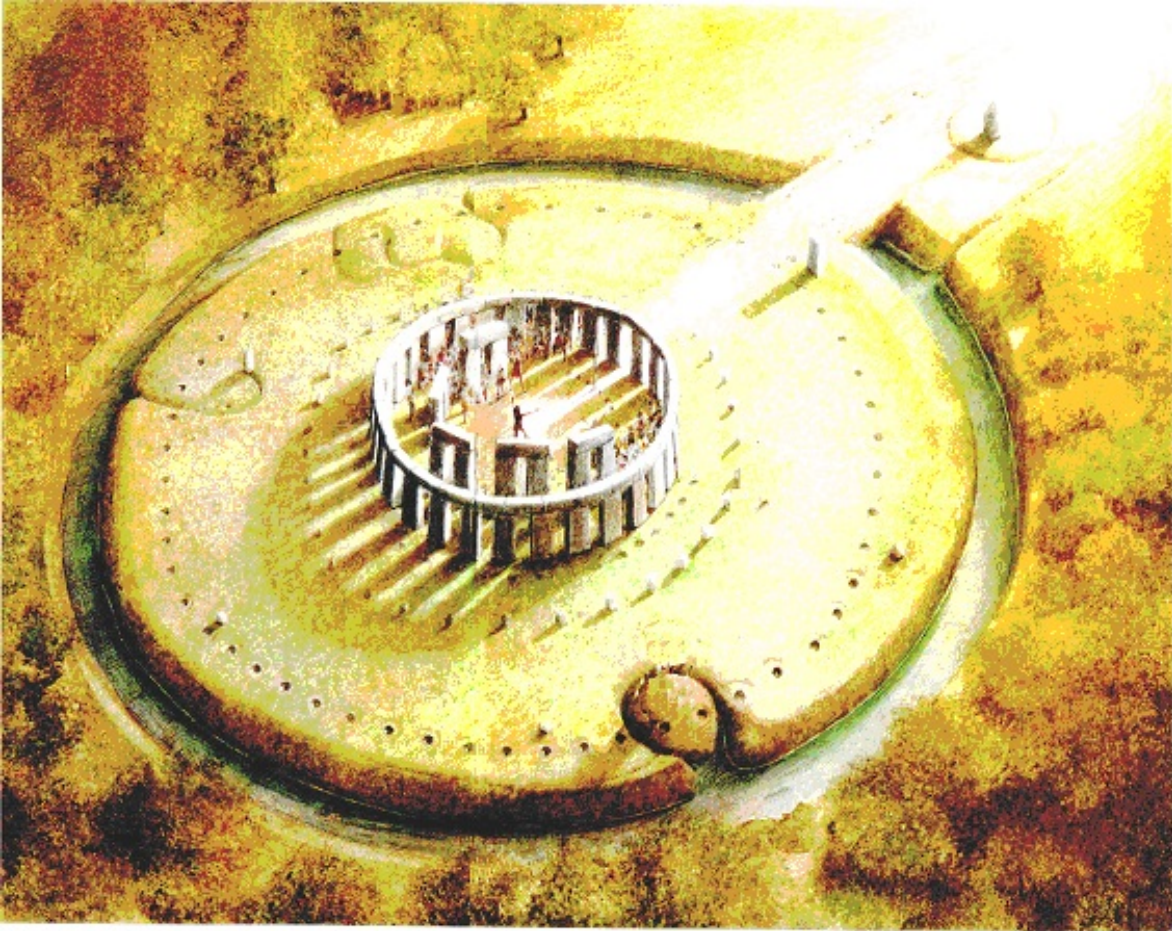
Quizá comprenderemos ahora que es lo que nos impulsa de una manera inconsciente a buscar la compañía de nuestros animales domésticos, aunque sea la de un sencillo gato: estar cerca de las condiciones de existencia más simples y primitivas, aquellas que nos recuerdan todavía a los poderes formativos cósmicos que nos dieron origen y que todavía mantienen nuestra salud. No nos puede extrañar que los animales de compañía tengan tan buenos efectos terapéuticos sobre las personas de la tercera edad, los invidentes, los autistas, la gente que padece depresiones o incapacidades y las personas que viven solas.

Es natural que las personas sensibles sientan cariño y agradecimiento hacia estos animales que nos han sido tan fieles y tan útiles durante miles de años. Quién sabe si esto es la antesala para renovar el antiguo sentimiento de veneración hacia las fuerzas espirituales cósmicas que nos han creado, a ellos y a nosotros.

Francesc Fígols

francesc.figols@gmail.com
www.cosmosygea.blogspot.com

Apéndice



Monumento megalítico de Stonehenge (reconstrucción).

Cerca de Salisbury, en Inglaterra, se encuentran los restos todavía impresionantes del más famoso de los megalitos circulares, Stonehenge. Aún hoy, los visitantes de este misterioso lugar se encuentran rodeados de verdes campos y praderas donde pasta apaciblemente el ganado. El verdadero objetivo de estas construcciones gigantescas es todavía un enigma para los arqueólogos. Pero durante la salida del sol en el solsticio de verano se produce un efecto impresionante por la alineación de la Heel Stone (arriba a la derecha) con la parte central del monumento y no se puede dudar de que estos centros sagrados estuvieron diseñados por hombres conocedores de las leyes cósmicas, posiblemente para concentrar las fuerzas del Zodíaco sobre el hombre y sobre sus animales domésticos.